

PARA SABOREAR DURANTE LA SEMANA...

“La libertad y el amor van juntos. El amor no es reacción. Si yo te amo porque tú me amas, hay un simple trato, algo que se puede comprar en el mercado; eso no es amor. Amar es no pedir algo a cambio, incluso no sentir que estás dando algo...”

Jiddu Krishnamurti



Andrei Rublëv, Icono de la trinidad, 1422-1428

PARA LEER...

BERMEJO, J.C., *La visita al enfermo. Buenas y malas prácticas*, PPC, Madrid 2018

**Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
-Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org**



De domingo a domingo

Año XII. HOJA nº 349 – Del 7 al 12 de junio de 2020

Dios es amor. Por eso hay Trinidad en el único Dios.

Creer en la Trinidad es lo mismo que creer que Dios es amor. La doctrina sobre la Trinidad es, en el fondo, un despliegue consecuente de la afirmación *Dios es amor*. «En realidad, Dios mismo, en la Biblia, nos ha narrado la historia de su amor por nosotros». Dios, el Padre, ama realmente: *Tú eres mi Hijo, el amado*, dice el Padre en el Bautismo de Cristo y en la Transfiguración.

Pero, ¿qué es en realidad "amar"? Amar es estar en compañía del amado y darse a él. Por ello, el Padre del cielo, con mucha mayor razón que el padre del hijo pródigo, puede hacer suyas estas palabras clave: *Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo* (Lc 15,31). Propio del amor es la *comunión* (estar uno junto al otro y —en la Trinidad de Dios— estar Uno en el Otro) así como la *donación mutua*. El Padre existe dándose. Dándose totalmente al Hijo amado. Dice santo Tomás de Aquino que el Padre es donación pura: pura relación de paternidad que se da. Por eso hoy se dice que la persona es relación: mismidad en relación. Eso es en verdad la persona.

Dios es amor, ciertamente, pero para que haya amor tienen que ser realidad estos tres: el que ama, el amado y el mismo amor que circula entre el que ama y el amado; que los une hasta hacerlos "Uno", como los esposos, y los proyecta a amar fuera de ellos. Cuando se trata de Dios: el Amor une al Padre y al Hijo, y los enciende en una sola "gloria". También los proyecta "hacia afuera" de forma que brote libre y gratuitamente la creación, hasta que un día —con la colaboración responsable y libre de toda la humanidad tocada por la "buena voluntad"— brote la nueva creación: el Reino, donde prevalecerá la justicia en la culminación del amor de Dios a los humanos.

San Agustín, al final de su famoso tratado *De Trinitate* halla la fórmula feliz: la Trinidad es la comunión de los Tres: «Amans, amantum, Amor». Lo que quiere decir que Dios, como amor, es fecundo, y que Dios amor es comunidad. De ese modo, la Trinidad es el espejo supremo y original de todos los seres, en especial, de los seres humanos, capaces de entender y de amar. La Trinidad es el referente de todos los seres especialmente de los seres racionales hechos a imagen de Dios. La Trinidad es el referente universal porque el ser —todo ser— se da como el Padre que ama se da al

Hijo, y el Hijo recibe esa donación del amor con agradecimiento y reciprocidad, devolviendo al Padre el amor que recibe de El. Ya no hablo de dos, sino de tres: el que ama, es decir, el Padre; el amado, el Hijo; el amor, el Espíritu Santo que brota de ambos y que permite que el Hijo dé realmente amor por amor, ya que devuelve al Padre la "gloria", o sea el Espíritu, que el Padre ha dado a su Verbo: la "gloria" con la que el Padre ha glorificado a Jesús.

El Espíritu Santo, por su parte, es el amor *unitivo* y *extático*. Realiza la síntesis entre la unidad y el éxtasis: el Espíritu Santo es el éxtasis de amor que une al Padre y al Hijo y los proyecta en un amor sin límites entre ellos y en la creación del Universo, en la que los hombres y las mujeres son imágenes de Dios que caminan hacia aquella obra definitiva de Dios que es la nueva creación, el cielo nuevo y la tierra nueva, el Reino de Dios que tiene a Dios como fundamento, donador y guía, pero «que no será construido sin la libre responsabilidad y el esfuerzo de los humanos».

Podemos decir, como síntesis, que el Padre es el océano de amor original, pero silencioso, del que brota una Palabra y un rostro humano —Jesucristo, Señor— el cual derrama el amor del Padre y su propio amor en la comunicación del Espíritu de la verdad y del amor, que es vida divina para los hombres.

Las cargas se acomodan caminando

Camilo de Lejis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase.



C	A	M	E	I	N	R	A	M	E	O
T	S	H	A	U	A	C	I	T	R	A
O	E	E	L	G	Q	P	E	A	B	D
T	R	N	Z	E	G	R	U	I	M	A
I	D	U	G	O	N	S	O	P	O	O
N	J	R	O	A	E	T	L	P	N	H
E	I	J	D	O	Y	A	A	N	I	S
G	M	A	N	D	O	N	S	P	A	O
I	R	E	U	L	E	T	S	L	P	I
N	R	I	M	T	U	O	V	S	A	N
U	T	O	A	C	Z	E	R	E	P	.

Frase anterior: Gracias al Espíritu Santo podemos ser testigos en medio del mundo.

EVANGELIO (Jn 13, 16-182)

Lectura del santo evangelio según San Juan:

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

El año litúrgico comienza con el Adviento y la Navidad, celebrando cómo Dios Padre envía a su Hijo al mundo. En los domingos siguientes recordamos la actividad y el mensaje de Jesús. Cuando sube al cielo nos envía su Espíritu, que es lo que celebramos el domingo pasado. Ya tenemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Estamos preparados para celebrar a los tres en una sola fiesta, la de la Trinidad.

Esta fiesta surge bastante tarde, en 1334, y fue el Papa Juan XII quien la instituyó. Quizá se pretendía (como ocurrió con la del Corpus) contrarrestar a grupos heréticos que negaban la divinidad de Jesús o la del Espíritu Santo. Así se explica que el lenguaje usado en el Prefacio sea más propio de una clase de teología que de una celebración litúrgica. En cambio, las lecturas son breves y fáciles de entender, centrándose en el amor de Dios.

La primera lectura, tomada del libro del Éxodo, ofrece la única definición (mejor, autodefinición) de Dios en el Antiguo Testamento y rebate la idea de que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios terrible, amenazador, a diferencia del Dios del Nuevo Testamento propuesto por Jesús, que sería un Dios de amor y bondad.

Dios se autodefine con cinco adjetivos que subrayan su compasión, clemencia, paciencia, misericordia, fidelidad. Es cierto que Dios no tolera el mal. Pero su capacidad de perdonar es infinitamente superior a la de castigar.

El evangelio insiste en este tema del amor de Dios llevándolo a sus últimas consecuencias. No se trata sólo de que Dios perdone o sea comprensivo con nuestras debilidades y fallos. Su amor es tan grande que nos entrega a su propio hijo para que nos salvemos y obtengamos la vida eterna.

En la carta de Pablo a los corintios Dios se convierte en modelo para los cristianos. La misma unión y acuerdo que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu debe darse entre nosotros, teniendo un mismo sentir, viviendo en paz, animándonos mutuamente, corrigiéndonos en lo necesario, siempre alegres.